

## EN TORNO A TRES ASPECTOS DE LA GUERRA EN EL MUNDO GRECO-ROMANO (\*)

Dr. Alejandro Bancalari M. (\*\*)

Nos hemos propuesto explicar el significado y las principales características de la guerra en el mundo antiguo, tarea, en nuestro concepto, difícil de llevar a feliz término, por lo extenso del tema, y por los innumerables trabajos monográficos que presentan diversos puntos de vista. (1)

Es indudable, que la antigüedad tiene, entre otros aspectos, la relevancia de ser la creadora de la guerra con los ejércitos y con una organización sistemática. Nosotros, sin embargo, no haremos mención a la guerra en el mundo antiguo, en sentido estricto del término, ya que sería muy amplio, sino, en forma específica, al mundo greco-romano, por ser los herederos legales de esta cultura y por una mayor proximidad con las fuentes históricas.

A partir de esta premisa, y considerando a la guerra en conjunto, como una de las constantes de la historia y como una realidad natural del ser humano, examinaremos la visión y el significado que tenía para la historiografía antigua el problema en cuestión; en segundo lugar, los tipos y formas de guerra, y finalmente, nos referiremos a la idea de guerra justa en la Roma republicana.

### I

En lo que respecta a la visión de la historiografía antigua en torno a la guerra, perfectamente podemos afirmar que ésta fue el órgano central de sus historias. Entonces, el asunto de la guerra era una preocupación masiva y centro de la tradición histórica; de esta forma, como la mayor parte de los relatos trataban única y exclusivamente tales temas: las guerras no se podían evitar.

(\*) Con algunas modificaciones el texto de este artículo corresponde a una conferencia presentada por el autor en el ciclo: "El significado de la guerra en algunos momentos de la historia", organizado por la carrera de Historia y Geografía del Instituto Profesional de Chillán, los días 5 y 6 de mayo de 1988.

(\*\*) Profesor de Historia Antigua de la Universidad del Bío-Bío y de la Universidad de Concepción.

(1) Los escritos relativos a la guerra en la antigüedad en estas últimas décadas, han proliferado enormemente; por esta razón, citaremos sólo las obras relevantes y las que hemos consultado con mayor frecuencia. VERNANT, J.P. (edit.): **Problèmes de la guerre en Grèce ancienne**, Paris, Mouton, 1968; BRISSON, J.P. (edit.): **Problème de la guerre à Rome**, Paris, Mouton, 1969; GARLAN, Y: **La guerre dans l' Antiquité**, Paris 1972; GABBA, E: **Le rivolte militari romane dal IV secolo a.c. ad Augusto**, Firenze, Sansoni 1975; HARMAND, J: **L'arte della guerra nel mondo antico**, (tr. ital.), Roma, Newton Compton 1978; LUTTWAK, E: **La grande strategia dell' impero romano del I al III secolo d.c.**, (tr. ital.), Milano, Rizzoli 1986. En este trabajo, no pretendemos hacer un análisis detallado sobre la guerra en el mundo antiguo, sino que por el contrario, el propósito consiste en presentar una noción general, destacando algunos de los aspectos más significativos de tal problemática. En cuanto a lo formal del estudio, nos hemos tomado la licencia de citar solamente al pie de página las obras monográficas y artículos consultados, obviando aquéllas de las fuentes más conocidas y mencionando sólo las importantes para la investigación intratexto.

Analicemos algunos elementos sobre la base de fuentes literarias. Cada historiador cuando, escribió su propia historia —que generalmente coincidió con un título de carácter bélico— estaba convencido de que la única digna e importante de ser preservada era la narrada por cada uno de ellos. Por ejemplo: Heródoto, en el prefacio de sus “Nueve libros de la historia”, señala: “La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos, como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos variados e interesantes y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros”.

Heródoto —como es sabido— es considerado el padre de la historia —entre otras cosas— porque quizás fue el primero que llevó a cabo una completa investigación sobre una guerra y sus causas. Concordamos con el historiador italiano Arnaldo Momigliano, al señalar que “Heródoto ha hecho de la guerra el tema central, o uno de los temas centrales, de la historiografía europea”. (2)

Bien, si Heródoto fue el iniciador del estudio de la guerra, sin duda, Tucídides, fue el sistematizador de ella. Para el autor de la “Guerra del Peloponeso”, la historia era esencialmente política-contemporánea, y dentro de esa política, la guerra fue el tema central del estudio histórico, por esto realiza un tratamiento especial y cuidadoso en estas materias. Su mundo es el de las dos ligas griegas empeñadas entre sí en una guerra mortal. El quiere descubrir esta guerra y ninguna otra. Tucídides, al comenzar su obra escribió: “la guerra que tuvieron entre sí los Peloponenses y Atenenses, comenzando desde el principio de ella, por creer que fuese la mayor y más digna de ser escrita que ninguna de todas las anteriores, pues unos y otros florecían en prosperidad y tenían todos los recursos necesarios para ella; y también porque todos los otros pueblos de Grecia se levantaron en favor y ayuda de la una o la otra parte, unos desde el principio de la guerra, y otros después”.

Por otro lado, Salustio en la “Guerra de Yugurta”, nos señala: “Quiero relatar la guerra librada por el pueblo romano contra Yugurta, rey de los númidas: primero porque fue importante, ruda e indecisa en su desarrollo; y luego porque fue la primera circunstancia en la cual la soberbia de la nobleza encontró oposición”. Flavio Josefo, en su “Guerra de los judíos”, también nos testimiga la idea inicial de la relevancia de los respectivos escritos bélicos, “porque la guerra que los romanos hicieron con los judíos —expresa el historiador— es la mayor de cuantas nuestra edad y nuestros tiempos vivieron”.

Como hemos señalado precedentemente, la tradición antigua fue esencialmente una crónica militar, donde se destacaban los efectivos, el orden de las batallas, las posiciones estratégicas, etc., y, en forma específica, se realza la importancia de cada uno de los conflictos. Pero aún, podemos encontrar otros aspectos dignos de atención, como es el hecho o visión del honor, del sentido patriótico que poseía cada cronista. Esto quiere decir que cada historiador resaltaba y engrandecía a su pueblo, a sus hombres y sus victorias; y minimizaba los triunfos del enemigo. La idea del orgullo nacional en la historiografía greco-romana está presente.

Este sentido patriótico lo podemos observar en un fragmento de Tirteo (poeta espartano del

(2) MOMIGLIANO, A; *Algunas observaciones sobre las causas de guerra en la historiografía antigua*, en “La Historiografía griega”, Barcelona, Crítica 1984, pp. 151 - 167, esp. p. 155.

siglo VI a. de C.) al exclamarnos que "morir es glorioso, cuando un hombre valiente cae en las primeras filas combatiendo por su patria", (Frag., 10, 1 - 2). Tirteo llega incluso a relacionar este sentido patriótico con el término "areté", de una excelencia por el comportamiento en el campo de batalla; sinónimo del honor individual.

La historia romana es rica en ejemplos de esta naturaleza; y Tito Livio, es el panegírico del pueblo romano, resaltando las hazañas, las victorias; quien en el prefacio de su **Ab urbe condita**, ha señalado "que jamás existió república más grande, más ilustre y más abundante en buenos ejemplos".

Por otra parte, Salustio al interrogarse sobre las realizaciones y las conquistas grandiosas del pueblo romano, llega a la conclusión que "el valor eminente de un puñado de ciudadanos había realizado todo". También en los "Orígenes" de Catón, encontramos este sentimiento patriótico, en Polibio, quien ensalsa el ejército romano en desmedro del cartaginés; en César, con su grandiosa conquista de las Galias, y en Floro, en su "Compendio de hazañas romanas", entre otros.

En fin, lo que prima entre los romanos, a juzgar por sus leyendas y anales históricos, es, ante todo el deseo de servir a la patria en forma fiel y disciplinada, aceptando cualquier sacrificio, inclusive el de dar la vida, si su defensa lo demandaba. Porque combatir por la patria significaba, al mismo tiempo, combatir por los hogares, tumbas ancestrales y aras sagradas de los dioses. En este sentido, el testimonio de Cicerón refleja perfectamente el sentimiento; quien exclama, "¿Qué hombre de bien no iría por la patria al encuentro de la muerte, si, obrando así, habría de servirla?". (De los deberes, I, 17, 57).

Recapitulando, entonces, podemos señalar que la historiografía antigua, considera, a la guerra, como motivo central de estudio y cada historiador, concebía su propia narración, como la más digna e importante. Asimismo, en estas historias de guerras, el sentido patriótico fue una constante en cada narrador.

## II

Respecto a los tipos y formas de guerras que se dieron en el mundo greco-romano — a nuestro juicio— podríamos clasificarlas esencialmente, en cuatro categorías de acuerdo con el carácter peculiar de cada una de ellas:

- A) Guerra de Conquista: Básicamente los grandes estados de la antigüedad aplicaron este tipo de procedimiento para alcanzar sus objetivos expansionistas e imperialistas. Alejandro Magno con su idea de imperio universal, de realizar la simbiosis occidente-oriente, llevó a cabo una guerra netamente de conquista. El mismo caso puede ser para la Atenas de Pericles, con el imperialismo ático-délico, como bien señala Gustav Glotz, "Atenas pasó de la **simmaquia al arché**" (3), o sea de la liga-confederación al imperio. De la misma forma, la Roma republicana e imperial: con las grandes guerras por el control del mediterráneo; las púnicas, la anexión de Grecia, Macedonia, Egipto; y, por el entroterra, Galia, Dacia y los sectores aledaños a la Mesopotamia. Es un hecho

(3) GLOTZ, G; *La Ciudad griega*, México, Uthea 1957, p. 236.

que la conquista desembocó en un imperio, es decir, en la organización de un poder (4).

La guerra de conquista trae como fin y consecuencia inmediata ganancias económicas; lleva siempre consigo la idea de riqueza. Así el punto de partida serían los beneficios en sentido estricto, o sea, el botín (del que los prisioneros eran generalmente lo más valioso), las indemnizaciones y la tierra confiscada. Ya a principios del siglo IV Jenofonte, lo expresa de la siguiente forma: "Existe una ley eterna entre todos los hombres, que cuando una ciudad fuese tomada por las armas, todos los bienes y personas que están en ellas pertenecen a los conquistadores" (La Ciropedia, VIII 5, 73). Jenofonte entonces, simboliza la concepción natural de otorgar al vencedor el derecho de disponer a su gusto del vencido, puede destruir o esclavizar a los seres humanos y apropiarse de todos sus bienes; tan solo un gesto de clemencia puede significar alguna mejora en su suerte.

- B) Guerra Preventiva: Era aquella que asegura la dominación de un estado en una perspectiva futura. O sea, consistía en no permitir que un enemigo potencial se expandiera más allá de determinados límites; el ideal, por lo tanto, era no tener vecinos poderosos, e impedir, al mismo tiempo, que las ciudades rivales ocuparan posiciones estratégicas o demasiado favorables para el comercio o la guerra (5). El ejemplo más claro lo encontramos en la tercera guerra púnica, en boca de Polibio: "Decidir, para asegurar la dominación de su patria, apartar una amenaza que pesaba sobre ella y subyugar a una ciudad que tan frecuentemente le había disputado la supremacía y que, llegado el momento, podría disputársela de nuevo" (Hist., XXVI, 9). Es decir, eliminar definitivamente al enemigo tradicional de Roma, como lo expresaban las famosas palabras de Catón: "*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*" ("opino, por lo demás, que Cartago debe ser destruida").

Asimismo, la segunda guerra Macedónica, es preventiva, ya que Roma se vio amenazada por una coalición expansionista entre Filipo V y Antíoco III. También, la guerra contra Pirro y contra Aníbal son preventivas para la defensa e integridad de la península itálica.

La guerra del Peloponeso, a su vez, puede ser concebida dentro de esta categoría; y —como nos señala Tucídides— "La culpa fue de Esparta. Fue el temor de Esparta el engrandecimiento de Atenas". (I, 23, 6).

A nuestro juicio, en el mundo romano a partir de la crisis del siglo III d. de C., ya no podríamos hablar de una guerra preventiva; sino más bien usaríamos el término de "guerra defensiva" (6). Roma ya no conquista, ella va a ser presa de los bárbaros-germanos, y su única función militar, se va a circunscribir en la protección y defensa del **Limes** por el mayor tiempo posible.

- C) Guerra Psicológica: Este tipo de guerra, ha sido estudiado solamente en los últimos años, y sus precursos es el historiador norteamericano, especializada en historia militar y estrategia antigua,

(4) Para toda la problemática del imperialismo romano derivado de una guerra notamento de conquista, vid. CARCOPINO, J; *Las etapas del imperialismo romano*, Buenos Aires, Paidós 1961; NICOLET, C; *Roma y la conquista del mundo Mediterráneo 264-27 a de J.C. 2 la génesis de un imperio*, Barcelona, labor 1984, esp. pp. 741-776.

(5) NICOLET, C; Op. cit. p. 750.

(6) No se trata de referirse a otro tipo de guerra con el adjetivo "defensivo" sino más bien destacar que una de las múltiples consecuencias de las guerras de conquistas, fue el que Roma después de Trajano no pudo —en parte— controlar la periferia (o sea, los límites del imperio). Debe, por lo tanto, abandonar la política expansionista y evitar la penetración más allá del **Limes** permitido.

Edward Luttwak, en su obra, "The Grand Strategy of the Roman Empire" (7). Roma en vastos períodos de su política imperialista, llevó a cabo una guerra, psicológica, más que de fuerza, de represión, de conquista. ¿En qué consiste? Los romanos consideraron que el aspecto más importante del poder no era el material-logístico, sino el psicológico, es decir, el resultado de las opiniones de los estados neutrales y enemigos sobre la fuerza romana. En otras palabras, ¿cómo concebían los enemigos a la potencia peninsular? Los pueblos antiguos consideraban a la urbe, más que por su potencia y destreza militar, por su superioridad psicológica; hacer frente al enemigo en diversas circunstancias, con distintos métodos y procedimientos. El asedio de Masada (entre el 70-73 d. de C.) que nos relata el historiador judío Flavio Josefo, es un ejemplo calculado de guerra psicológica. La lección de Masada debió demostrar que los romanos habrían perseguido a los rebeldes hasta la cima de la montaña y en los más remotos desiertos para destruir cualquier enemigo hasta las últimas consecuencias.

- D) Guerras Civiles: Guerras entre los individuos que conforman un mismo cuerpo jurídico y un mismo Estado. Los casos más típicos los visualizamos en el último siglo de la república, entre Sila, Mario y Sertorio; entre César y Pompeyo y entre Octavio y Marco Antonio. Estas guerras civiles romanas comenzaron siempre por iniciativas de líderes que ocupaban una alta posición, jefes militares y políticos a un tiempo, quienes enfrentaban a su ejército con el poder central o con un ejército rival cuando consideraban que ese era el único medio para alcanzar sus objetivos (8). Fueron, en consecuencia, guerras individualistas de los grandes caudillos militares del siglo I a. de C.

Sin detallarlos, señalaremos que además de estos cuatro tipos de conflictos, podemos visualizar también, guerras de carácter religioso (más bien típicas del medioevo); guerras de esclavos (caso de Espartaco); guerras sociales y otras.

### III

Como tercer aspecto, nos referiremos particularmente al significado de la guerra justa en la república romana. Para esto la tradición (especialmente Cicerón y Tito Livio) es muy rígida al señalarnos que, en todo momento, la conducción de la guerra debía ceñirse a las normas fijadas por el derecho feal (es decir, derecho sacro) y otras prácticas ancestrales.

El primer punto a considerar en un **iustum bellum** es, sin duda, la legitimidad de la causa. La guerra es válida, entonces, por la defensa propia del estado contra la agresión externa y por el cumplimiento de los compromisos contraídos por los **socii** (aliados). O sea, la fidelidad a los tratados, que viene de **Fides**, en donde la palabra empeñada tenía un carácter sagrado, de rectitud y honorabilidad. Esta **Fides**, debemos necesariamente entenderla en relación con el juramento, como el más estrecho de todos los vínculos de carácter religioso (9).

(7) LUTTWAK, E; *Op. cit.*, desarrolla un magnífico estudio relativo a esta guerra psicológica, destacando el aspecto militar como forma de disuasión.

(8) La principal fuente para el problema de la guerra civil en Roma, en el último siglo de la república, es, sin duda, Apiano. Sobre el asunto en cuestión, vid. JAL. P; *La guerre civile à Rome (étude littéraire)*, Paris, Puf 1963; Id; *Les guerres civiles de la fin de la république et l' imperialisme Romain*, en "Problemas de la guerre à Rome", Paris 1969, pp. 75-84; GABBA, E; *Op. Cit.*, pp. 21-28.

(9) HEURGON, J; *La guerre romaine aux 4<sup>o</sup> - 3<sup>o</sup> siècle et la fides romana* en "Problèmes", pp. 23-32, esp. p. 27, NICOLET, C; *Op cit.*, p. 748.

El profesor *Julius Kakeriäka* en un interesante estudio sobre: “*Los orígenes de la doctrina de la guerra justa, Cicerón y la tradición romana*”, nos afirma acerca del sentido de la fidelidad de los *foedera*. “Con profunda admiración habla Cicerón de la entereza mora demostrada por sus antepasados en el cumplimiento de las obligaciones contraídas mediante los pactos. Incluso la palabra dada al enemigo en plena guerra tenía para ellos una validez inamovible, en especial, si estaba respaldada por un juramento” (10). El caso más célebre fue el de Regulo, uno de los héroes más renombrados de la I Guerra púnica. Regulo, excónsul romano, siendo cautivo de los cartagineses, fue enviado a Roma para gestionar un canje de prisioneros y después de haber cumplido con su misión (y haber aconsejado a los romanos a no aceptar las proposiciones del enemigo), retornó al cautiverio. El sabía perfectamente qué trato iba a recibir a su regreso. Pero “a pesar de las súplicas de parientes y amigos, que se esforzaban por retenerlo, prefirió volver a un suplicio seguro, que no faltar a la palabra empeñada al enemigo” (De los deberes, I, 13, 39, más detalles en: *Ibid.*, III, 27, 100 - 101 y III, 31, 111).

Un segundo elemento a considerar en una guerra justa, son los requisitos legales y formales para iniciar la acción bélica. El punto de vista de Cicerón, en esta materia, es categórico y se ajusta totalmente al código tradicional. “Ninguna guerra puede ser considerada justa si no ha sido proclamada y declarada formalmente, y si previamente no se había exigido la reparación” (La República, III, 24, 35).

En consecuencia, los romanos no iniciaban jamás una guerra sin haberla declarado solemnemente por mediación de sacerdotes llamados *feciales*. Este colegio de 20 miembros hacía el oficio de heraldos y estaban revestidos de carácter sagrado; el deber de éstos era velar para que se cumplieran todos los requisitos establecidos por la ley sacra, y cuyo propósito era demostrar ante los hombres y los dioses que la acción que se emprendía era justa, o al menos correcta (11).

Acerca de las funciones desempeñadas, por los *feciales*, en los procedimientos de la declaración de guerra, la mejor información nos la entrega Tito Livio: “El *fecial*, al llegar al territorio del pueblo contra el que hay motivos de queja, se cubre la cabeza con un velo de lana. Dice: “Oyeme, Júpiter; óyeme, país ( nombra al pueblo que le habita), y vos, religión santa. Soy el enviado del pueblo romano. Encargado de una misión justa y piadosa, vengo a cumplirla. Dése fe a mis palabras”. Entonces expone sus agravios. Luego, tomando a Júpiter por testigo: “Si infrinjo, señala, las leyes de la justicia y de la religión, exigiendo que tales hombres, que tales cosas me sean entregadas, yo, el enviado del pueblo romano, no permitas, gran dios, que vuelva jamás a ver mi patria”. He aquí lo que dice poniendo el pie en el territorio. Lo repite al primer habitante que encuentra; lo repite a las puertas de la ciudad, en la plaza pública, lo repite con escasas variaciones en la fórmula y en el juramento. Si no se le da lo que pide, al cabo de treinta y tres días, porque este número está solemnemente prescrito, hace la declaración siguiente: “Oyeme, Júpiter, y tú, Juno, Quirino, vosotros todos, dioses del cielo, de la tierra y de los infiernos, oídme. Os tomo por testigos de que este pueblo (le nombra) es injusto, y de que se niega a equitativas reclamaciones. Por lo demás, el Senado de mi patria, legalmente convocado, encontrará medio de hacerlas valer” (Décadas, 1, 32).

El *fecial* romano volvía luego a esperar la decisión del Senado, y, si la mayoría votaba la guerra, se encargaba de comunicárselo definitivamente al enemigo. “La costumbre era entonces” —continúa

(10) KAKARIEKA, J: *Los orígenes de la doctrina de la guerra justa, Cicerón y la tradición romana* en “Cuadernos de Historia”. Depto de Cs. hist., Univ. de Chile, 1 (1981), pp. 7-29, esp. p. 13; trabajo sobre el cual hemos extraído las principales ideas para este punto

(11) KAKARIEKA, J: *Op. cit.*, p. 16; también, vid. HARMAND, J: *Op. cit.*, pp. 52-54.

Tito Livio— que el fecial se trasladase a los confines del territorio enemigo con una jabalina con hierros, o con un palo endurecido al fuego y tinto en sangre. Allí, en presencia de tres jóvenes al menos, decía: "Puesto que este pueblo (aquí el nombre) se ha permitido injustas agresiones, que el pueblo romano ha ordenado la guerra contra este pueblo, que el Senado del pueblo romano la ha propuesto, decretado, resuelto, yo, en nombre del pueblo romano, la declaro y comienzo las hostilidades" (Ibíd, 1, 32). Al decir estas palabras lanzaba su jabalina al territorio enemigo.

Bien, el sentido que tenían los ritos descritos por Tito Livio, era afirmar que se había hecho todo lo que ordenan las leyes sacras, y que no existía, por tanto, ningún obstáculo por parte de los dioses para iniciar la acción bélica. A continuación, el cónsul, en traje sacerdotal, hacía un sacrificio en el Capitolio y abría solenmente el templo de Jano. Sólo después de haberse cumplido con estas formalidades, la guerra podía ser considerada como justa y legítima. (12)

Por consiguiente, como afirma H. Le Bonniec: "La declaración de una guerra es a menudo entendida como un acto religioso; y esto, está estrechamente relacionado con la idea de una guerra justa" (13).

El tercer y último elemento a analizar es el comportamiento durante la guerra. Cicerón —nuestra principal fuente—, nos señala, "Hagan las guerras justas con justicia, no sacrifiquen a los aliados, modérense a sí mismos y a los suyos, aumenten la gloria de su pueblo y regresen a la patria con honor" (Las Leyes, III, 3, 9). Desde esta perspectiva, la victoria puede celebrarse como legítima solamente, cuando la conducta del vencedor ha sido acorde con ciertos principios morales y ciertos usos establecidos.

Una característica interesante en este punto es la existencia de un código de honor en la guerra. Si bien es verdad señala Kakarieka "que el propósito de los combatientes es alcanzar la victoria, ésta puede quedar empañada por la crueldad, la perfidia y otros actos reprochables desde el punto de vista moral. Desde muy antiguo existe entre los pueblos la preocupación (plasmada en múltiples usos y ritos *ancestrales*) por asegurar también en la guerra, la vigencia de ciertas normas éticas y de cierta honorabilidad" (14). Así, el sentido del honor en el mundo romano, complementa en muchos aspectos al de la *fides* (que ya hemos mencionado). Recordemos, los actos de honorabilidad de Atilio Regulo en la primera guerra púnica, o la devolución de los cónsules Tito Veturio y Espurio Postumio, después del desastre de las Horcas Caudinas (15). Mención aparte, es el relato que nos hace el mismo Cicerón sobre la posibilidad de eliminar al rey Pirro —en la guerra contra Tarento— por medio del veneno de un desertor. Sin embargo, el cónsul Cayo Fabricio desechó de plano la propuesta, que de resultar el complot, se habría puesto fin a la guerra, y una acción de tanta vileza habría dañado gravemente el prestigio de Roma. Cicerón exclama: "¡Qué deshonor, qué vergüenza hubiese sido vencer por el crimen y no por el valor a un enemigo con el cual se luchaba por la gloria!" (De los deberes, II, 22, 86 - 87).

(12) KAKARIEKA, J; *Op. cit.*, p. 18.

(13) LE BONNIEC, H; *Aspects religieux de la guerre à Rome*, en "Problèmes", pp. 101-115. Importante trabajo donde se establece que en Roma la guerra y la religión son inseparables.

(14) KAKARIEKA, J; *Op. cit.*, p. 21.

(15) Es bien conocida la humillación que los ejércitos samnitas infligieron en aquella ocasión (321 a. de C.) al ejército romano, obligándolo a pasar, mientras entregaba las armas, bajo un arco formado por tres lanzas. Como consecuencia de la derrota, los romanos se vieron obligados a pedir la paz, que, naturalmente, en la historiografía romana, no podría presentarse ante la posteridad con tintes tan crudos. Y, por ello, alrededor del episodio de las Horcas Caudinas se han tejido retoques o justificaciones evidentemente falsos, como el rechazo de la paz por el senado o la voluntaria entrega de los cónsules al enemigo, que no consiguen disfrazar la realidad de una paz, firmada por Roma, como consecuencia de la derrota. Vid. ROLDAN, J; *Historie de Roma, Tomo I: La república romana*, Madrid, Cátedra 1981, p. 108.

Señalemos si, que esta práctica de honos, de la *fides*, de la *virtus* y de la *clementia* con los vencidos, se desarrolló en las primeras guerras que practicó Roma, en la época de la unificación de la península, aproximadamente (entre los siglos V a mitad del III a. de C.) la llamada “guerra cortés” (16), que llegó a su fin, a partir de la segunda guerra púnica (17). Con posterioridad al 201, Roma abandona esta política del “comportamiento justo con los enemigos”, y adopta una actitud más práctica de expansionismo—conquistador. Pensemos, que Roma, o mejor dicho, el imperio, se hizo —en parte— por medio de la espada.

Finalmente, presentamos a manera de consideraciones generales y conclusivas lo siguiente:

- En el curso de la historia, y en forma específica, en el mundo antiguo greco-romano, las grandes potencias fueron los combatientes más frecuentes (el Imperio Persa, Atenas, Esparta, Macedonia y Roma); mientras que los pequeños estados preferían aceptar lo que el destino les deparara, antes que entrar en conflictos. En el caso de Grecia, hasta la dominación romana todas las guerras o batallas conocidas se realizaron como señala Moses Finley en términos de “ciudades-estado grandes y pequeños” (18). El hecho real es que el grande dominaba al pequeño. Roma, es un caso por todos conocidos.
- La guerra fue una realidad siempre presente en la vida griega y romana, “era un punto focal para las emociones, los valores éticos y las normas sociales” (19). Era considerada una actividad natural para el hombre y la mayoría de las sociedades están profundamente afectadas por su necesidad de organización militar.
- La guerra —como lo hemos afirmado— jugó un rol preponderante en la vida antigua; y hemos reconocido en ella, la forma última de la competencia y la selección natural en la especie humana. “*polemos pater pantón*”, señaló Heráclito; “La guerra —o la competencia— es madre de todas las cosas, la poderosa fuente de ideas, invenciones, instituciones y estados. La paz es un equilibrio inestable, que puede ser preservado únicamente por la reconocida supremacía o el igual poder” (20). De aquí la importancia de la realista sentencia latina de Vegecio: “*Si vis pacem para bellum*” (“Si quieres la paz, prepárate para la guerra”). De esta forma, no debemos tener una visión pesimista del mundo greco-romano, en el sentido de pensar que fue una época netamente belicista. La idea de la paz, estuvo asimismo, presente en los monarcas, políticos y pensadores de la antigüedad. Cicerón —entre otros— insiste en que el fin que persigue la guerra (cuando se torna inevitable) debe ser la paz. “Una acción bélica ha de emprenderse de tal modo, que no se proponga otra finalidad que la paz” (De los deberes, I, 23, 80).
- El historiador inglés Arnold Toynbee, en una de sus múltiples obras, “Guerra y Civilización”, señala que “la guerra ha demostrado ser la causa inmediata del derrumbamiento de todas las civi-

(16) HEURGON, J; *Op. cit.*, pp. 23-32; KAKARIEKA, J. *Op. cit.*, p. 24 destaca que el sociólogo francés Roger Caillors, es quien ha estudiado más a fondo el fenómeno de la denominada “guerra cortés”.

(17) BRISSON, J.P.; *Les mutations de la seconde guerre punique* en “Problèmes”, pp. 33-59 nos presenta los cambios producidos en Roma como consecuencia de la victoria contra Cartago, convirtiéndola en una potencia indiscutida del Mediterráneo occidental. Aquí comienza —al parecer— el verdadero “imperialismo romano”; Vid. NICOLET, C; *Op. cit.*, pp. 467-493 y pp. 741-776. Una recomendable síntesis, para examinar los diferentes problemas y cambios de la política externa romana en este período; es el artículo de BUONO CORE, R; *Aspectos de la política exterior en Roma entre los siglos II y III A. C.* en “Semanas de Estudios Romanos”, Univ. Católica de Valparaíso, III y IV (1986), pp. 51 - 71.

(18) FINLEY, M; *Historia Antigua: problemas metodológicos* Barcelona, Crítica 1986, en el capítulo: “Guerra e Imperio” pp. 104-132 desarrolla la postura de los “estados dominantes y dominados”.

(19) MOMIGLIANO, A; *Op. cit.*, p. 160.

(20) Citado por DURANT, W. y A; *Las lecciones de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana 1974, pp. 90-96, esp., p. 90.

lizaciones" (21). Esta idea no muy nueva y lógica, nos confirma, que la guerra ha estado presente en todos los momentos de la historia, y es una de las grandes constantes de la madre de las ciencias. Actualmente, vivimos en un mundo convulsionado, en un siglo que arrastra dos guerras mundiales —con más de 60 millones de muertos— y con otros conflictos aislados. Por esta razón, nosotros debemos conocer, comprender y analizar de qué forma ha echado sus raíces la guerra en la vida humana. Pero, esencialmente, nuestra misión e intención, hoy por hoy, consiste en meditar, en reflexionar y tener un claro discernimiento, porque debemos dejar encendida la llama de la esperanza de una "pax universalis", que otrora propugnara Augusto. Entonces, ¿cómo podríamos apaciguar, o mejor aún, eliminar el deseo desenfrenado de una conciencia bélica del género y la naturaleza humana?

(21) TOYNBEE, A. *Guerra y Civilización*, Madrid, Alianza 1976, p. 7.